

## LA TORTURA DE UN HOMBRE LLAMADO JESÚS

Ricardo Mariscal/ Carlos Mateos

En “La Pasión”, Mel Gibson, en esta ocasión en su faceta de director, proporciona su particular visión de los últimos días de la figura más relevante de la Historia de la humanidad. La película ha levantado una encendida polémica desde el día de su estreno debido, en gran parte, a la crudeza de sus imágenes que muestran, con todo lujo de detalles, cada una de las torturas a las que fue sometido Cristo. Sangre y violencia salpican los fotogramas de la cinta provocando que los espectadores más sensibles abandonen la proyección al ver de una forma tan gráfica representado el sufrimiento y la tortura de un hombre, aunque fuera, para los cristianos, el Hijo de Dios. Sin embargo ni las imágenes más *gore* son capaces de reflejar en toda su profundidad el dolor y los padecimientos de Jesús al serle inflingida una forma de castigo concebida para provocar una muerte lenta con máximo dolor, la crucifixión.

### La crucifixión como tradición

La muerte en la cruz a la que fue condenado Jesús era un castigo oficial para delincuentes comunes en la sociedad romana, pero no se trataba de una invención del

Imperio. Ya los fenicios y persas practicaban la crucifixión en el primer milenio antes de Cristo. Incluso durante el culturalmente fructífero período helenístico la crucifixión llegó a convertirse en una práctica popular, aunque en sus orígenes el propósito no era provocar la muerte. Alejandro el Grande introdujo la práctica en Egipto y Cartagena, y al parecer los romanos la aprendieron de los cartagineses. La ley romana reservaba la crucifixión para esclavos, extranjeros y los más viles criminales. Rara vez se destinaba a ciudadanos romanos, salvo en el caso de soldados desertores.

No obstante, el sufrimiento de Jesús no comenzó con la crucifixión, sino mucho antes.

### El proceso

Ya antes de arrestarlo, en jardín de Getsemaní, según relata el evangelista Lucas (Lc 22,43) la angustia de Jesús ante la dura prueba que se le presentaba se manifestó en forma de “sudor de sangre, que le cubrió todo el cuerpo y corrió en gruesas gotas hasta

la tierra”. Fenómeno muy poco corriente, el sudor sangriento-hematidrosis-puede ocurrir en estados emocionales muy alterados o en personas aquejadas de desórdenes sanguíneos.

Como consecuencia de hemorragias en las glándulas sudoríparas, la piel se vuelve frágil. En una investigación publicada en la revista *JAMA*, los doctores Edwards, Gabel y Hasmer admiten la posibilidad de que este fenómeno afectara al Hijo del Carpintero, apoyándose en la descripción de Lucas, pero afirman que “la pérdida real de sangre que sufrió Jesús fue mínima.”

Después de medianoche, según el Evangelio de Marcos, fue arrestado por los oficiales del templo y conducido ante Annas y, seguidamente, a la presencia de Caifas, el sumo sacerdote, uno de cuyos criados le propinó un bastonazo. Fue declarado culpable de blasfemia, un crimen castigado con la muerte, y tras la condena, los guardianes del templo le cubrieron los ojos, escupieron y golpearon con sus puños. Al amanecer el angustioso periplo continuó en el Pretorio, residencia de Poncio Pilatos, el gobernador romano de Judea, que debía aprobar la ejecución de la sentencia. En primera instancia Pilatos no encontró culpable a Jesús y lo

mandó a Antipas, tetrarca de Judea, quien se lo devolvió. El gobernador, presionado por la muchedumbre, aceptó la condena. Llegado a este punto, la condición física de Jesús, que era un hombre fuerte, de una altura superior a la media (1,82m), curtido en el trabajo de carpintero y acostumbrado a largas caminatas, empezaba a resentirse. Las noches que llevaba sin dormir, la carga emocional del abandono, e incluso la traición, la hematomatosis y el trasiego desde los templos a las cortes romanas para ser condenado ya habían hecho mella en él. Pero el verdadero suplicio todavía no había comenzado.

### **La flagelación**

Antes de la ejecución era práctica habitual azotar a la víctima para hacerla más vulnerable a los efectos de la crucifixión. Para ello se utilizaba un látigo corto-conocido como *flagellum*-con trozos de huesos afilados y bolitas pequeñas de metal en sus puntas. Atado a un poste y desnudo, al sujeto le eran azotadas piernas, espalda y nalgas repetidas veces, treinta y nueve veces menos una, según la ley judía. Jesús no escapó a esta práctica, y probablemente sufrió un *shock* circulatorio debido a la profundidad de las laceraciones y las heridas sufridas.

En algunos puntos del cuerpo los latigazos pudieron dejar heridas profundas, con desgarramiento muscular y hemorragias, según el doctor Carlos González de la Vega, director del Centro de Medicina Deportiva y Rehabilitación (MEDYR), en cuyo caso, “pudo provocar un dolor tremendo, además de limitaciones musculares”

Para el doctor especialista en traumatología Jordi Huguet, “la pérdida de sangre no debió ser superior a tres litros en poco menos de media hora”. Si el condenado perdía demasiada se podía precipitar su muerte, y no era ésta la intención de la flagelación. Puesto que la hematomatosis ya había dejado la piel muy sensible a Jesús los azotes

fueron lo suficientemente severos como para producir una importante pérdida de sangre, aunque no mortal.

### **Corona de espinas**

Una vez azotado, los soldados se burlaron de Jesús, que declaraba ser rey, colocando una túnica sobre sus hombros y una corona de espinas sobre su cabeza. Las punciones debieron provocar una hemorragia sobre su cara y cuero cabelludo, incluyendo posiblemente los pabellones auriculares, “espectacular pero poco peligrosa”, según el doctor González de la Vega. Eso en principio, porque al prolongarse durante muchas horas y no poder cerrarse las heridas, ya que cualquier movimiento las reabre, “puede ser causa de muerte por desangrado”.

### **Una carga de 50 kilos**

Contrariamente a lo que se cree, Jesús no tuvo que cargar con la cruz, sino con uno de los palos. El ajusticiado lo portaba hasta el lugar del suplicio en las afueras de la ciudad, donde se celebraban para no ofender a los ciudadanos romanos. Debido a que ya de por sí era de considerable peso sólo se llevaba el travesaño o *patibulum*, que era colocado sobre la nuca del reo y se balanceaba sobre sus hombros. En el lugar de la crucifixión aguardaba el palo vertical o *estípite*, sobre el cual se aseguraba el *patibulum*. Para prolongar la agonía, un travesaño o viga horizontal-*sedile*- se fijaba en la mitad del *estípite*, a modo de asiento.

Una guarnición de soldados acompañaba al condenado, portando uno de ellos el *titulus* o letrero donde se mostraba el nombre y crimen del prisionero, que después se colocaba sobre la cruz.

Agotado física y psíquicamente, sin haber comido, debía caminar más de medio kilómetro para llegar al lugar del suplicio final, el Gólgota con cerca de 50 kilos a sus espaldas. Como era

previsible, cayó sin poder servirse de sus brazos para frenar la caída, ya que estaban atados al palo. Aunque algunos autores consideran que el resultado tuvo que ser un traumatismo pectoral e incluso una lesión cardíaca, el doctor González de Vega rebaja su importancia desde el punto de vista del sufrimiento, ya que la altura desde la que se produjo la caída no debió ser mucha, al estar inclinado por el peso.

### Los clavos

Antes de comenzar la crucifixión, era costumbre ofrecer al reo vino con mirra e incienso, bebida que tenía un ligero efecto narcótico para mitigar los dolores. Jesús la rechazó. Después, como se hacía con todos los condenados, fue tirado al suelo sobre la espalda, con los brazos extendidos a lo largo del *patibulum*. Las manos podían ser clavadas o atadas al travesaño, pero el clavado era el procedimiento preferido por los romanos, como lo atestiguan los restos arqueológicos de un cuerpo crucificado encontrados en Jerusalén, y fechados en la época en que vivió Jesús, aunque no se descarta que utilizaran los dos métodos con Jesús. También hay controversia sobre si los clavos atravesaban las muñecas o las palmas de las manos, a pesar de las referencias bíblicas y la imaginaria religiosa se decantan por esta última posibilidad.

Según Edwards, Gabel y Hasme no existe contradicción entre las evidencias halladas y las Sagradas Escrituras pues los antiguos consideraban las muñecas como parte de la mano. El especialista en Cuidados Intensivos Rubén D. Camargo, autor del ensayo *Fisiopatología de la muerte de Jesucristo* afirma que “probablemente los clavos eran puestos entre el radio y los metacarpianos, o entre las dos hileras de huesos carpianos, ya que en estos lugares aseguraban el cuerpo”.

Para el doctor González de la Vega, debieron atarle las extremidades para poder sostener el peso, aunque también fuera claveteado, ya que “si le hubieran clavado las manos, se rasgaría, y se lo hubieran hecho entre el cúbito y el radio, se romperían las arterias y habría habido una importante salida de sangre arterial y una muerte muy rápida”.

Los pies eran fijados al *estípete* mediante un clavo de hierro, a través del primero o segundo espacio intermetatarsiano. No existe consenso entre los investigadores sobre esta cuestión, aunque San Ambrosio y San Agustín mencionan en sus escritos cuatro clavos.

### La crucifixión

La cruz utilizada, según las Escrituras, era la “menos adaptada para los miembros del cuerpo humano”, según el doctor Carlos González de la Vega. Una cruz en aspa hubiera sido la mejor manera de sostener el peso. Con la cruz latina, en cambio, “los hombros acaban descoyuntándose poco a poco, lo que representa un dolor espantoso”.

Para el doctor Camargo, “el efecto principal de la crucifixión, aparte del tremendo dolor que presentaba en sus brazos y piernas, era la marcada interferencia con la respiración normal, particularmente en la exhalación”. El doctor Huguet añade que “al sólo poder realizar una respiración correcta mediante el diafragma, esta situación le conduciría a una asfixia relativa”. Una exhalación adecuada requería en esta situación que se incorporara el cuerpo empujándolo hacia arriba con los pies y flexionando los codos. Sin embargo, esta maniobra colocaría el peso del cuerpo en los huesos del pie ocasionando un dolor inenarrable. Más aún, la flexión de los codos causaría rotación en las muñecas en torno a los clavos de hierro, y provocaría un mayor sufrimiento. Y el esfuerzo de levantar el cuerpo rasparía dolorosamente la espalda contra el palo vertical. En

consecuencia, cada esfuerzo de respiración se tornaría en agonizante.

Desde la cruz Cristo llegó a hablar, en voz baja, hasta siete veces. Debido a que el habla ocurre durante la exhalación, estas frases debieron requerir un esfuerzo sobrehumano para ser pronunciadas. Según la tradición, alrededor de las 3 de la madrugada Jesús clamó a en voz alta, inclinó la cabeza y expiró.

#### UN LANZAZO PARA PRECIPITAR LA MUERTE

Los soldados romanos sólo podían abandonar el lugar de la crucifixión una vez que el condenado hubiera muerto, por lo que para acelerar el fallecimiento solían recurrir a métodos como fracturarle la tibia, acuchillarle en el corazón, golpearle fuertemente en el pecho o encender fuego a los pies de la cruz para asfixiar a la víctima.

En el caso de Jesús el método elegido parece ser que el instrumento fue una lanza. El evangelista Juan narra cómo fue propinado el lanzazo en el costado de Jesús, y de la herida manó abundante sangre y agua. Tradicionalmente se ha creído que la herida se produjo en el costado derecho, opción más probable que en el izquierdo pues una hemorragia profusa es más viable con una perforación del ventrículo derecho distendido.

Si la incisión le alcanzó el pulmón, eso le habría ocasionado, además de gran dolor, un colapso fatal por asfixia, según el doctor González de Vega.

#### MUERTE POR DESANGRAMIENTO Y PARADA CARDIACA

Jesús murió tras permanecer de tres a seis horas en la cruz, y las causas de su óbito son, según todos los autores, múltiples, incluyendo shock hipovolémico o desangramiento, asfixia

por agotamiento y paro cardiaco. Que aconteciera transcurrida tan pocas horas después de ser crucificado se explica por la severidad del castigo sufrido anteriormente, tanto físico – flagelación y consecuente pérdida de sangre- como psicológico.

Según un estudio publicado en la revista *South African Medical Journal of Death* los efectos de los latigazos, las hemorragias y la deshidratación “causaron shock hipovolémico y deshidratación, pero el factor más importante fue la asfixia progresiva causada por el daño en movimiento respiratorio”. La muerte, asegura el autor, “fue precipitada probablemente por una parada cardiaca” causado por reflejos vasovagales, iniciados por anoxemia grave, dolor severo, golpes corporales, y ruptura de los huesos mayores”.

Para José Delfín, catedrático de Medicina legal y forense de la Universidad de Granada, “la muerte de Cristo supone todo un proceso bastante complejo que podría sistematizarse como sigue: Comenzó con un shock psicógeno en el Huerto de los Olivos que origino una enorme conmoción psicológica, deshidratación y alguna pérdida de sangre y que ablandó y sensibilizó la piel”.

Continuó, añade, “con un shock traumático consecuencia de multiples traumatismos y hemorragias progresivas que le situó progresivamente en un shock hipovolémico que se agravó por el dolor generalizado, pungitivo e irradiado de las lesiones nerviosas, la fatiga, los calambres musculares la fiebre intensa y la sudoración coincidiendo con un cuadro asfíctico-asfixia- progresivo que acentuó los componentes anteriores”.

Por si fuera poco, “la posición anómala, colgado y el cuadro asfíctico progresivo, creó un shock distributivo debido a que los líquidos corporales tienden a distribirse y acumularse en

las partes más bajas abdomen, piernas y pies, con caída de la tensión arterial, insuficiencia cardíaca progresiva, edema pulmonar y parada cardíaca final”.

## LAS FUENTES

En el análisis de la Pasión y Muerte de Cristo desde un punto de vista científico contamos con los descubrimientos arqueológicos sobre las prácticas romanas de la crucifixión, los escritos de autores cristianos y no cristianos de la época y los estudios originados a partir de la Sábana Santa de Turín. Para el físico y jesuita español Manuel Carreira las evidencias más claras las ofrece la Sábana Santa, pues “la Sábana de Turín es un complemento asombroso de los relatos evangélicos sobre la Pasión, y el conjunto de estudios médicos, arqueológicos, químicos y físicos apunta directamente a la conexión entre el lienzo de Turín y la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo”, afirma.

## EFFECTOS PSICOLÓGICOS DE LA TORTURA

La humillación, la tortura, el dolor no sólo merman la resistencia física, sino también la psicológica. Para el doctor Francisco Alonso Fernández, catedrático de Psiquiatría de la Universidad Complutense de Madrid y presidente de la Asociación Europea de Psiquiatría Social, a partir de cierto momento de sufrimiento y humillación suele producirse una obnubilación, en la que se reduce la percepción del exterior y la conciencia se vuelve vaga, pudiendo llegarse al “delirio onírico”, intermedio entre el sueño y la vigilia. Una actitud de ruptura con el exterior, encerrándose en sí mismo es una de las estrategias de resistencia que apunta este experto frente a la tortura. Otras dos son la confianza en unos ideales, religiosos o sociales, y la “aceptación del castigo como una anticipación de la muerte”. A su juicio, ésta es la mejor defensa psicológica.

“Uno se da por muerto y tolera mejor la tortura. Ve que ha entrado en la *via mortis*”.

La aceptación voluntaria de la propia muerte, el martirio “heroico”, según el doctor Alonso, a diferencia del “martirio asesino” de los kamikazes, requiere una “fortaleza psicológica tremenda”, señala. Este tipo de martirio puede darse por causas sociales (para salvar otras vidas) o religiosas. Quien entrega su vida a una causa religiosa, destaca, se ve a sí mismo, parafraseando a Bretón de los Herreros, “como si en espíritu no hubiera diferencia entre la vida y la muerte”.

En el Antiguo Testamento el martirio se consideraba como un acto purificador de ofrecimiento para el pueblo. Ya en el Nuevo Testamento se concibe la crucifixión como un sacrificio destinado a salvar a los hombres. En los evangelios se recoge que Jesús tuvo conciencia de saber que su comportamiento y sus palabras lo conducirían a una muerte violenta. Su comportamiento, según la Biblia, no fue pasivo ni tampoco de provocación a la muerte, sino que defendía su verdad aún a costa de su propia vida, una actitud que los primeros cristianos adoptarían como propia, según San Pablo, que en sus cartas une la misión evangelizadora con la aceptación del sufrimiento. Esa concepción ha llegado hasta hoy. En la Iglesia, se entiende por martirio la aceptación voluntaria de la muerte por la fe de Jesucristo o por otro acto de virtud referido a Dios.

Según los teólogos, para que se produzca el martirio debe tratarse de una muerte violenta, ya sea instantánea o bien provocada mediante privaciones o malos tratos. Quien inflige la muerte realice esa acción por odio a la fe o a una virtud relacionada con la fe en Dios. El mártir acepta la muerte por amor de la fe, lo que no quiere decir que no deba procurar esconderse o fugarse; al contrario, ya en los primeros siglos los escritores eclesiásticos dejaron claro el deber de

ponerse a salvo, exceptuados los pastores de almas cuya presencia entre los fieles fuera necesaria para sostenerles en la prueba.

El historiador y fundador de la comunidad católica de San Egidio, Andrea Riccardi, autor del libro *Fe y martirio. Las iglesias orientales católicas en la Europa del siglo XX*, destaca cómo el mártir cristiano a diferencia del islámico "no muere para que mueran los demás", sino que "da su propia vida para que los otros no sean asesinados.